Cristalización de módulos orales (español-italiano)

PURA GUIL POVEDANO
Universidad Complutense de Madrid

Puede decirse de los *refranes* que son textos orales que han vencido la naturaleza intrínsecamente pasajera de la comunicación cara-a-cara, puesto que han logrado superar los límites personales y espaciotemporales propios del evento lingüístico que les dio origen, permitiendo así su reproducción en condiciones enunciativas diferentes.

Su fijación formal y semántica resultan claves como medios para preservar y divulgar los conocimientos, creencias y valores convencionales de una sociedad, es decir, su propia categorización del mundo, facilitando así su transmisión de generación en generación. De este modo, al hacer uso de los refranes, los individuos se identifican y reconocen como miembros de su comunidad, aceptando su participación en el mantenimiento de la ideología cultural que han heredado. Pero este carácter social de los refranes tiene también sus ventajas desde el punto de vista interactivo.

Aunque seleccionado y esgrimido por el emisor, su formulación impersonal, sólo metafóricamente aplicable a situaciones concretas y su atribución a una fuente diversa del enunciador, pero con un peso reconocido dentro de la cultura de la que también forma parte el interlocutor, confiere al refrán el *status* de argumento de autoridad con un alto poder persuasivo.

Sirve a su usuario, además, como paraguas protector amparándole del riesgo de expresar abiertamente un juicio personal que, no sólo podría resultar no apropiado y concorde con el sentir comunitario, sino que podría ser considerado amenazador por su interlocutor. La utilización de refranes, típico ejemplo de acto ilocutivo indirecto, constituye así una estrategia encubierta de cortesía lingüística (Brown; Levinson, 1987: 226) que permite a su emisor salvaguardar su propia imagen pública y la de su interlocutor.

Pero las ventajas no se acaban ahí. En general, se trata de metáforas de tipo ontológico (Lakoff; Johnson, 1980) que nos facilitan la interpretación de una situación real pero más o menos abstracta y dispersa en términos de una situación concreta y delimitada. Además, dadas las dificultades de las operaciones cognitivas implicadas en el trabajo de codificación lingüística y el poco tiempo disponible para ello en el uso hablado del lenguaje, donde la codificación se realiza en «tiempo real», los refranes alivian el esfuerzo de los hablantes, puesto que son almacenados en nuestra memoria y recuperados de forma global, permitiendo así un ahorro de energías que puede reservarse para ir procesando lo que se va a decir a continuación.

Ahora bien, esta última ventaja la comparten los refranes con un contingente cuantitativamente nada despreciable de otras construcciones lingüísticas prefabricadas. Como es sabido, diversos autores han concentrado sus esfuerzos en clasificarlas atendiendo a criterios distintivos como pueden ser su idiomaticidad, tipo de fijación, asociación con posiciones discursivas preestablecidas, conexión sintáctica con el cotexto, origen, etc.

Dando todo ello por sentado, he comenzado esta comunicación identificando los refranes como *textos orales*, consideración que estimo ampliamente compartida, pero quizá no suficientemente argumentada.

Por reunir las condiciones de *unidad* e *integridad* exigibles a cualquier producción lingüística compleja para poder ser considerada «un texto», los refranes pueden categorizarse así. Pero es obvio que existen diferentes tipos de textos.

Con el fin de permitir su reconocimiento por parte de sus usuarios, los diversos tipos de textos tienden a desarrollar características formales distintivas. Respecto a los refranes ha sido aducida una serie de rasgos formales como, por ejemplo, su brevedad, su tendencia a la estructuración bimembre, el paralelismo, la rima, o bien su formulación impersonal y atemporal.

Se admite generalmente que los refranes tienen un origen y un uso eminentemente populares, lo que justifica el rasgo de *oralidad* señalado. Esto no quiere decir, claro está, que no puedan ser utilizados en el discurso escrito, pero es evidente que la lengua hablada constituye el caldo de cultivo apropiado para la acuñación y uso de los refranes.

Otra cosa será determinar y explicar su mayor o menor vigencia de uso. A este respecto, quisiera señalar, entre paréntesis, que en la lista de expresiones polirremáticas del LIP, el *Lessico di frequenza dell'italiano parlato* (De Mauro *et al.* 1993), he encontrado registrados sólo dos refranes, *Mal comune, mezzo gaudio* y *Finché c'è vita c'è speranza*, mientras que en cambio aparecen otras expresiones complejas prefabricadas, atribuibles a orígenes diversos, que van desde el título de películas a *slogans* publicitarios, como, por ejemplo, *La pantera rosa colpisce ancora*, *Ammazza la vecchia col cric*, *Terminator due il giorno del giudizio*, o *Vecchia Romagna Buton*.

Pero, volviendo al asunto que nos ocupa, me parece importante recordar que, desde una óptica funcionalista, se considera que la lengua está plasmada por el uso, esto es, que la forma de los fenómenos lingüísticos está determinada por las funciones que tienen que desempeñar en la comunicación.

Si como *textos* los refranes presentan, entre otras, las características antes apuntadas, que sirven para hacerlos reconocibles y cumplen la función de facilitar su memorización y aplicación a nuevas situaciones, podemos suponer que su origen y uso orales deben de haber quedado plasmados de alguna manera en su forma.

En un célebre estudio sobre la frase nominal, Benveniste (1966) señaló su presencia en el discurso directo para enunciar una verdad de tipo proverbial, una *verdad eterna* por quedar fuera del tiempo, de las personas y de las circunstancias. Esta estructura sin nudo verbal ha sido reconocida como típica del refrán por diversos autores, entre otros Zuluaga (1980: 195-197), quien señala también la posibilidad de analizarla en los términos de la perspectiva funcional del enunciado.

Es fácil comprobar, aun limitándonos a los refranes más comunes en español e italiano, la presencia de este tipo de construcción:

Mal de muchos consuelo de tontos	*Fratelli flagelli*
Perro ladrador poco mordedor	*Mal comune mezzo gaudio*
Juego de manos juego de villanos	*Contadini, scarpe grosse e cervelli fini*

Pero las frases nominales junto con otras estructuras braquilógicas, estudiadas en su libro *Sul parlato* por Rosanna Sornicola (1981: 74-127), resultan ser características de la lengua oral. Por la presión de la codificación en tiempo real y la necesaria manifestación lineal del texto, se produce una construcción fragmentaria del discurso, basada en la estructura informativa *tema-rema*, que podríamos parafrasear como: «a propósito de tal *tema*, te digo tal *rema*». La lengua hablada muestra, característicamente, una organización por bloques informativos yuxtapuestos, de carácter elemental o primario respecto a una sintaxis trabada, del tipo *sujeto-predicado*, en la que se manifiestan orgánicamente las relaciones funcionales, fruto de un lento proceso histórico de fijación de esquemas combinatorios coincidentes, en cuya formación seguramente ha influido decisivamente la escritura, ya que permite una planificación más cuidada del discurso.

Una mayor cohesión interna muestran las estructuras tematizantes, también típicas de la lengua oral, en las que los dos segmentos constituyentes, con un perfil entonativo en ángulo ascendente-descente, se relacionan recíprocamente por énfasis, repetición o relación semántica antitética, llamadas *correlativas* por Sornicola (1981: 141-143), quien también señala su presencia en los refranes. Véanse, por ejemplo:

Ojos que no ven, corazón que no siente	*Fidarsi è bene, non fidarsi è meglio*
De tal palo, tal astilla	*Patti chiari, amici cari*
A mal tiempo, buena cara	*Male non fare, paura non avere*

Resulta también muy común en los refranes que aparezcan situadas en posición temática ciertas indicaciones temporales, espaciales o de otro tipo, p.ej. prótasis de hipotéticas, que delimitan el ámbito (*setting*) dentro del cual es aplicable lo que se dice a continuación:

En casa del ahorcado, no mientes la soga	*Quando il gatto non c'è i topi ballano*
Donde no hay harina, todo es mohína	*Al buio tutti i gatti sono bigi*
Si no hubiese tercos, no habría pleitos	*Se non è zuppa è pan bagnato*

Pero la presencia de las estructuras anteriores tanto en la lengua hablada como en los refranes no quiere decir, naturalmente, que no tenga cabida en ambos la construcción sintáctica trabada y no marcada, con un orden neutro de constituyentes Sujeto-Verbo-Complemento, en el que el Sujeto tendencialmente tiene carácter temático. Véanse los siguientes refranes:

El ojo del amo engorda al caballo	*Tutti i nodi vengono al pettine*
Los duelos con pan son menos	*La mala erba non muore mai*
El pez grande se come al chico	*L'unione fa la forza*

Otro fenómeno abundantemente documentado en la lengua oral es el desplazamiento de constituyentes de un enunciado que altera el orden neutro de la oración para adaptarlo a las necesidades comunicativas. Uno de los desplazamientos más comunes es la llamada *dislocación a la izquierda*, en la que se *tematiza* un constituyente diverso del sujeto, es decir, se sitúa en primera posición del enunciado un constituyente que puede ir recogido mediante un forma pronominal en el lugar que ocuparía habitualmente en el orden neutro. Se señala así que se trata del *tema*, de aquello de lo que se va a hablar, bien por considerarlo *conocido* por el interlocutor, bien porque el hablante lo enuncia anticipadamente porque constituye su *centro de interés*. Pueden aducirse múltiples ejemplos de este esquema:

A caballo regalado no le mires el diente	*A muro basso ognuno ci si appoggia*
A quien madruga, Dios le ayuda	*Gente allegra il ciel l'aiuta*
Lentejas, si las quieres las tomas y si no las dejas	*La mala nuova la porta il vento*

Pero mientras las dislocaciones a la izquierda parecen abundantes en el refranero, no ocurre lo mismo con otras estructuras tematizantes, como la *dislocación a la derecha* o el *tema suspendido*, lo que resulta explicable si pensamos en sus posibles motivaciones. El *tema suspendido* (o *nominativus pendens*, o tradicionalmente, *anacoluto*) suele estar ligado a un cambio de proyecto en el discurso (Ej.: *Los exámenes-mañana tengo que ir a la Facultad a enterarme*); la *dislocación a la derecha* constituye en muchos casos una especie de añadido temático a un enunciado que ya estaba completo, con la intención, *a posteriori*, de aclararlo (Ej.: *Ya los he comprado yo, los pasteles)*. Lo que no parece pueda ser el caso respecto a un refrán.

Aunque ciertamente se ha tratado sólo de un rápido sondeo, tampoco he encontrado muestras en el refranero de estructuras rematizantes, es decir, de alteraciones del orden neutro con la finalidad de focalizar un constituyente por énfasis, contraste o novedad.

En resumen, además del esquema sintáctico no marcado con orden neutro de constituyentes, perteneciente tanto a la lengua escrita como a la oral, las otras estructuras que aparecen representadas nutridamente en el refranero son o bien características de la lengua hablada, como las frases nominales y las estructuras correlativas, o bien también posibles en la lengua escrita pero mucho más numerosas en la oral, como la indicación del *setting* o la dislocación a la izquierda. Luego, el rasgo de *oralidad* atribuido a los refranes parece estar suficientemente plasmado en la forma de su construcción (aunque, naturalmente, otras huellas de oralidad podrían ser también rastreadas).

Dado que todas estas estructuras favorecen la colocación del tema en primera posición del enunciado, funcionalmente se facilita así una continuidad temática. El tema sirve de garfio que se engancha al co(n)texto previo, indicando así que «se sigue hablando de lo mismo», lo que sin duda ayuda a transferir el significado metafórico del refrán a la situación concreta en la que es usado.

Mucho más problemático, sin embargo, resulta dar cuenta de la organización de la información, conciliando la vehiculada por el refrán y la relativa al co(n)texto de uso. Tendencialmente el tema de un enunciado suele ser portador de información *dada/conocida*, mientras que el rema suele serlo de información *nueva*. Por ello, los temas-conocidos pueden omitirse, mientras que los remas-nuevos, al constituir la auténtica componente informativa, no son omisibles. Pero, en el caso de los refranes, se da lo contrario: la parte temática es ineludible, mientras que la rematica puede y suele ser elidida.

Por otra parte, al ser contrucción prefabricada, todo el refrán en su globalidad ha de presuponerse *conocido* por el interlocutor. Pero, al contrario de otras fórmulas fijas asociadas a situaciones discursivas predeterminadas, la ocurrencia de un refrán no puede ser prevista y su omisión no sería observada (Tannen 1989: 39): el hablante libremente escoge utilizar el refrán insertándolo como material *nuevo* respecto al co(n)texto discursivo que lo acoge. Y parece que es precisamente el juego entre *carácter fijo* y *novedad* lo que hace posible la generación de significado.

Aunque habría que analizar los específicos elementos lingüísticos de su formulación, estimo que —generalizando, tal vez, abusivamente— si consideramos los refranes *per se*, como enunciados aislados, en su parte temática tienden a establecer una referencia genérica que remite a una clase de entidad o de situación, que como tal categoría se puede presuponer *conocida* dentro de la comunidad, de la que se dice, en su parte rematica, algo *nuevo*. Tenemos así una distribución de información pareja a la que tendencialmente se da en los enunciados corrientes. El proceso de fijación y difusión del refrán se encargará de nivelar las dos informaciones dándoles el carácter global de *conocido*.

Pero cuando utilizamos un refrán aprovechando el gancho de su tema para enlazarlo al co(n)texto anterior, lo que en realidad estamos estableciendo es una ecuación. Identificamos una variable del co(n)texto, que puede presentar rasgos más o menos dispersos e inespecíficos, mediante el primer constituyente del refrán, habitualmente un elemento metafórico, con lo que además de identificar, predicamos. Veámoslo con un ejemplo muy simple. Imaginemos una situación en la que, mientras alguien está vociferando enfadadísimo, nosotros decimos: *«Perro ladrador...»*. No sólo el SN tema del refrán nos permite identificar una entidad *dada*, por presente en el contexto situacional, sino que predicamos de ella que se puede considerar un caso ejemplar de una *clase de entidades* ('perro ladrador') cuyos rasgos definitorios pertinentes ya nos son conocidos (*'poco mordedor'*) y por tanto no es necesario que los explicitemos.

Cabe así hipotizar que el tema de un refrán tiene un doble estatuto informativo: funciona como 'dado' respecto a su propio enunciado y como 'semi-nuevo' respecto al co(n)texto previo a su ocurrencia, puesto que parece encapsular un acto de referencia y un acto de predicación.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

BENVENISTE, E. (1966): «La phrase nominale», en *Problèmes de linguistique générale*. Paris: Gallimard (Cito por la v. italiana: Milano, Il Saggiatore, 1971: 179-199).

BROWN, P.; LEVINSON, S. (1987): *Politeness. Some Universals in Language Use*. Cambridge: Cambridge U.P.

DE MAURO, T.; MANCINI, F.; VEDOVELLI, M.; VOGHERA, M. (1993): *Lessico di frequenza dell'italiano parlato*. Milano: Etaslibri.

LAKOFF, G.; JOHNSON, M. (1980): *Metaphors We Live By*. Chicago: Chicago U.P. (V.española: Madrid, Cátedra, 1986)

SORNICOLA, R. (1981): *Sul parlato*. Bologna: Il Mulino.

TANNEN, D. (1989): *Talking voices*. Cambridge: Cambridge U.P.

ZULUAGA, A. (1980): *Introducción al estudio de las expresiones fijas*. Frankfurt a.M.: P.D. Lang.